

llene su mision; que si esta mision queda incompleta sobre la tierra, debe continuar en el cielo, y finalmente, que si realmente está sin límites, como la razon lo afirma, conviene se perfeccione en lo infinito. La vida sin fin, hé aquí la inmortalidad, ya pase enteramente en un mismo lugar, ó ya se divida en una série infinita de períodos particulares, de los que cada uno tendria sus dos límites extremos, como la vida actual.

A estos argumentos sacados de la naturaleza y del desenvolvimiento del espíritu, se une otra prueba sacada de la consideracion de la vida moral y del sentimiento de nuestra *responsabilidad*. Llevamos en nuestro interior una ley que nos prescribe hacer bien, y hacemos mal: el orden es violado. Conocemos que somos mercedores de castigo, y no obstante se nos colma de honores: el orden es violado por segunda vez. Al contrario otros, llenan sus deberes con abnegacion y en cambio reciben por precio de su virtud la vergüenza y la miseria: todas estas violaciones del orden moral sublevan la conciencia y nos harian dudar de Dios, si no fuera por la vida futura. Sí, la voz interior es tan poderosa, que á pesar de la realidad, persistimos en afirmar que la moralidad no es un nombre vano: no hay nadie que crea justo penar el bien y recompensar el mal; todos admiran los actos de sacrificio y deshonran la bajeza en el fondo de su corazon. El género humano está unánime en la expresion de este sentimiento; la sola diferencia que se puede hacer entre los antiguos y los modernos, entre los salvajes y los hombres civilizados, consiste en que la repulsion contra el mal se hace más enérgica á medida que la razon ejerce más imperio en la vida. De ahí esta conviccion irresistible y universal de que el desorden moral, á que asistimos, debe tener un fin, y que si el mal no es expiado en la tierra debe serlo en otra parte, y que el bien debe producir sus efectos en el cielo, si uno es desgraciado acá abajo. El restablecimiento del orden moral que reclama la conciencia, que encomienda la responsabilidad, que exige la justicia, implica, pues, una vida futura; y para que el bien y el mal produzcan sus frutos, para que la remuneracion y el castigo vayan á los que los han merecido, hace falta además que la vida futura no se abandone á los caprichos del acaso, y se coloque bajo la direccion de la Providencia. Kant ha dado la fórmula científica del sentimiento comun de los hombres, diciendo que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son los *postulados prácticos* de la vida moral.

Sin duda la más dulce recompensa del bien perfecto reside en la tranquilidad de la conciencia, y el castigo más terrible del mal consiste en los remordimientos. Pero por una parte, el hombre es un sér sensible al mismo tiempo que racional, y las circunstancias exteriores no son extrañas á nuestra felicidad; y por otra, ¿dónde estaria la recompensa del que sucumbe con heroismo sacrificando sus intereses al deber; dónde estaria el castigo del que pierde la vida perpetrando una infamia, si la ley moral no tuviese otra sancion que la conciencia? Se debe al ménos dejar á la conciencia el tiempo de despertarse y torturar al culpable, hasta expiar el mal. Sin duda el hombre de bien no obra por la esperanza de una recompensa, ni por el temor de un castigo presente ó futuro. Pero no invocamos las *intenciones* del agente; consideramos únicamente el *orden moral*. Sin obrar en vista de una remuneracion, se la puede merecer y es justo que se la obtenga. Conforme á todos los principios de la razon, la felicidad es la continuacion del bien realizado, y el tormento la continuacion del mal. No es menester más para motivar la vida futura, porque esta misma disposicion falta frecuentemente en la vida actual. Por lo demás el orden lógico que existe entre la observacion de la ley y la felicidad, entre la violacion de la ley y el tormento, no repugna á la estricta moralidad. Se hace tanto mejor el bien cuanto se hace con más abnegacion, y el goce que se siente es precisamente proporcionado al desinterés con que se obra; de donde resulta que se obtiene tanto más seguramente la felicidad, cuanto ménos se la busca. No existe, pues, la menor contradiccion, si se tiene en cuenta la vida futura, entre estas dos proposiciones: que debe hacerse el bien por el bien sin ningun beneficio para sí, y que la felicidad pertenece de derecho á los que se conforman con sus deberes. Solamente, en atencion á la cultura actual del espíritu, las oscuridades de la vida futura son quizá favorables al desenvolvimiento de la moralidad. El sentido moral de los habitantes de la tierra estaria expuesto sin duda á funestas desviaciones, si tuviéramos una viva intuicion de las consecuencias de nuestros actos.

4.—El Universo y Dios.

Tenemos al presente el concepto del *Universo*, que resume los tres primeros objetos del pensamiento, el mundo espiritual, el mundo físico y la humanidad. El Universo no es para nosotros un todo

confuso, un caos donde se engolfan los séres y cuyo sentido nos escapa; es un todo organizado, lleno de órden y de belleza, segun el valor de la palabra *Cosmos*. El Universo comprende tres géneros distintos, los espíritus, los cuerpos y los séres formados por la union de un espíritu y un cuerpo, regularmente distribuidos segun la fórmula de la organizacion: unidad, variedad, armonía, en otros términos: tésis, antítesis y síntesis.

El Universo desde luego es *uno*, puesto que es el conjunto de todos los séres finitos ó de todos los géneros de la realidad. Cuando se habla de la *pluralidad* de mundos, no se trata más que de los astros habitados. En este sentido existen tantos mundos como se quiera. Una gota de agua puede llamarse un mundo por los infusorios que allí viven; pero entónces el mundo se toma por *un todo* que encierra una parte de séres, y no por *el todo* que encierra todos los séres creados. Los cuerpos forman un todo, que es la naturaleza; los espíritus forman un todo, que es la razon universal; todos estos séres se unen entre sí y forman un todo más vasto, que es el Universo, es decir, toda la creacion. El *Universo*, nótese la palabra, sólo se concibe como único, pues que es precisamente toda la diversidad de géneros y de individuos reducida á la unidad.

Sin embargo, no nos hagamos ilusiones. Esta unidad del mundo no es sino una *unidad colectiva*: es la unidad de una *suma*, el resultado de una adición. El Universo es la coleccion de séres finitos, nada más: comprende el género naturaleza, más el género espíritu, más el género humano y las otras criaturas, si existen, que están constituidas por la union de un espíritu y de un cuerpo. El Universo carece de esencia superior á la esencia de la naturaleza, del espíritu y de la humanidad, lo mismo que una villa, una selva, un ejército, no tienen esencia fuera de los elementos que los componen. La esencia del mundo es precisamente la esencia de los géneros allí contenidos. Por eso estos géneros no tienen su razón en la esencia del mundo, sino en la esencia divina. Las diversas partes del Universo se explican solamente por Dios. Dios es, como veremos, quien confiere al mundo la unidad de la esencia.

La *variedad* en el mundo está realizada por el contraste de espíritus y cuerpos. El mundo espiritual y el mundo corporal son las dos mitades del Universo y opuestas entre sí segun la ley universal de la sexualidad ó de la polaridad. Estos dos mundos, coordinados entre sí, subordinados á Dios, están constituidos de tal suerte

que cada uno tiene sus cualidades marcadas y sus cualidades rudimentarias, acompañadas las unas del signo positivo, las otras del signo negativo, y las cualidades salientes del uno cuadran exactamente en las cualidades ocultas del otro. Ambos son la expresion de la esencia divina, pero manifiestan esta esencia de dos maneras distintas y originales, una bajo el carácter pronunciado de la esencia propia, de la espontaneidad y de la libertad, otra bajo el carácter pronunciado de la esencia entera, del encadenamiento y de la continuidad: lo que predomina en el primero se borra en el segundo, y recíprocamente, pero ninguno de los dos señala ninguna propiedad de la esencia. De ahí una série inagotable de analogías y diferencias, que ponen en todas partes á la Razon y la Naturaleza en antítesis, mostrando que se oponen aun en sus atributos comunes, y que se corresponden aun en sus atributos contrarios. De ahí tambien la secreta tendencia que impulsa la Razon y la Naturaleza, una hácia otra. El atractivo nace de los contrastes, é indica la necesidad que experimentan los séres de completarse. La Naturaleza se completa buscando las cualidades de la Razon que están muertas en su propia constitucion, y la Razon se completa introduciendo en su actividad libre el carácter de organizacion que pertenece á la Naturaleza. El espíritu y la materia son las determinaciones complementarias de la esencia, y representan la dualidad fundamental del mundo; pero esta dualidad, dominada por la unidad superior de la esencia, se convierte en armonía.

Las *diferencias* entre el espíritu y la materia brillan bajo todos los puntos de vista, en su posicion, en su actividad, en sus relaciones, en su desenvolvimiento, en sus productos y en sus leyes. El espíritu por el sentido íntimo vive en sí y para sí, bajo la forma de la concentracion; el cuerpo por la cohesion está abierto á todas las influencias exteriores y se extiende en el espacio bajo la forma de la expansion. El espíritu obra por sí con una espontaneidad absoluta que le permite resistir á toda sollicitacion extraña; el cuerpo está determinado necesariamente á obrar segun el impulso que recibe, y persevera en el estado en que está, hasta que otra fuerza viene á modificar su situacion. El espíritu queda el mismo ó conserva su individualidad uniéndose á sus semejantes, cualquiera que sea esta íntima union; el cuerpo pierde sus propiedades distintivas, combiniándose por la afinidad con otros cuerpos. Es, pues, siempre el yo, la identidad, la esencia propia la que predomina en el espíritu,

miéntras que la esencia entera ó la union de todo con todo predomina en la materia; pero estos predomios se desenvuelven sobre una base comun. Cada sustancia tiene su posicion, su actividad, sus alianzas; solamente que cada una manifiesta estas propiedades á su manera, segun su naturaleza, de suerte que puede decirse que el espíritu es á la materia como el sentido íntimo á la cohesion, como la espontaneidad á la inercia, como el amor á la afinidad.

La misma antítesis hay en el *desenvolvimiento*. El espíritu se desenvuelve él mismo segun su conciencia y bajo su responsabilidad en la direccion que le place escoger, con riesgo de extraviarse; cultiva á su gusto el pensamiento, el sentimiento ó la voluntad, y se dedica con preferencia á la ciencia, al arte ó á la vida política; obra en conformidad ó en oposicion con la naturaleza, con la sociedad, con Dios; es la causa directa é inmediata de cada uno de sus actos; de donde se deduce que puede siempre, cuando quiere, abandonar el camino del mal por el del bien y viceversa, esto es, enmendarse ó decaer. El cuerpo, al contrario, se desenvuelve de una manera constante, regular y continúa en el espacio y en el tiempo; estos estados sucesivos se encadenan entre sí y salen unos de otros, de modo que cada fenómeno es efecto de fenómenos anteriores y llega á ser á su vez la causa de los fenómenos que van á seguir; todos sus órganos obran unos con otros y unos sobre otros; todo concurre, todo conspira en el organismo, todo es solidario, todo es objeto y medio para todo; no solamente cada cuerpo forma un todo con sus partes, sino que el mismo cuerpo se une al medio en el cual vive y forma un solo todo con el conjunto de sus partes. Las moléculas se unen al cuerpo por la cohesion; los cuerpos terrestres se adhieren al globo por la pesadez; los astros se mueven en su órbita por la gravitacion; una misma fuerza centrípeta, una ley de centralizacion precipita todos los cuerpos hácia su centro y los reúne seguidamente en un mismo todo. En la tierra, el reino inorgánico sirve de sosten á los reinos orgánicos; el reino vegetal y el reino animal se sostienen por su dependencia mútua. El animal es un aparato de combustion, el vegetal un aparato de reduccion; el primero consume oxígeno y produce ácido carbónico, el segundo consume carbono y produce oxígeno; el uno toma sus elementos de la atmósfera y de la tierra, el otro se los restituye (1).

(1) Dumas y Boussingault, *Statique chimique des êtres organisés*, 1841.

Este mismo equilibrio se encuentra en todas partes en el seno de la naturaleza, en las maravillas de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño. Por eso la actividad de la materia, siempre regulada y continua, no conoce ni arbitrariedad ni error. Las desviaciones ó las anomalías de la organizacion, objeto de la teratología, provienen de una influencia extraña y están sometidas á leyes. Las matemáticas, que no sabrian fijar los actos caprichosos del alma, encuentran en todas partes su aplicacion en la naturaleza.

Las *obras* del espíritu y de la naturaleza ofrecen la misma oposicion. Las creaciones de la imaginacion y de la razon en la ciencia, en el arte, en la vida social, son producidas parte por parte, de una manera analítica y abstracta, y llevan el sello de la individualidad y de la limitacion del espíritu. Las creaciones de la naturaleza, al contrario, son producidas en su totalidad de una manera sintética y concreta, sin que le falte un detalle en la innumerable cantidad de sus partes y de sus relaciones. Por una parte todo está libremente calculado y relacionado punto por punto, pero ninguna composicion del espíritu reproduce completamente el profundo encadenamiento de los cuerpos organizados; por otra, todo está construido á la vez, todo está acabado sin esfuerzo, á pesar de la complicacion infinita de cada obra, eterno asunto de admiracion para los sábios. El espíritu es juntamente superior é inferior á la naturaleza: puede realizar una forma sin fondo, una parte sin todo, gracias á la abstraccion que le permite considerar cada objeto por separado; la naturaleza no puede hacer esto, debe llevar á término todo lo que principia, sin solucion de continuidad. Por eso el trabajo del espíritu tiene faltas y lagunas, aunque tiene tambien un carácter ideal, que falta á la realidad. El arte es más perfecto que la naturaleza en el sentido de que por la eleccion de las circunstancias expresa mejor los pensamientos y los sentimientos del hombre.

Los espíritus tienen sus *leyes* como los cuerpos; porque hay relaciones necesarias en la vida espiritual como en la actividad de la materia; pero la necesidad moral es enteramente opuesta á la necesidad física: la una es irresistible, miéntras que la otra no puede ejecutarse más que con el concurso de la voluntad. Los cuerpos obedecen necesariamente á las leyes del mundo físico y no tienen siquiera el pensamiento ni el capricho de sustraerse á ellas. Ninguna ley de la luz, del calórico ó del movimiento ha experimentado jamás la menor infraccion, ó al ménos ninguna infraccion ha sido

justificada en condiciones científicas; estas leyes se cumplen en todos tiempos, en todos lugares, que lo queramos ó no, y siempre de la misma manera en las mismas circunstancias. Cuanto más lejos se extienda la observacion es más decisiva bajo este aspecto, y la experimentacion la confirma anunciando exactamente los efectos previstos. En este sentido, nada de milagros: nada se hace en la naturaleza contrario á las leyes de la naturaleza. Esta constancia inalterable, este encadenamiento perpetuo y continuo de todo con todo se expresa con claridad en el *Hado*. La naturaleza, en efecto, es el reino de la ciega é implacable fatalidad, donde todo lo que sucede debe suceder. De ahí la posibilidad y á un mismo tiempo el límite del imperio del hombre sobre la materia. ¿Cómo ejecutar los trabajos de la industria y tambien el tratamiento de las enfermedades ó la preparacion de los alimentos, si no pudiéramos contar con certeza sobre la accion de las fuerzas de la naturaleza? Pero si todo es *fatal* en el mundo físico, todo es *libre* en el mundo moral. Sin duda el bien, la verdad, lo justo se imponen á la conciencia, y sentimos en nosotros la obligacion de cumplirlos; pero esta obligacion es un lazo voluntario, que depende de nosotros el formar ó romper. El espíritu está unido por sí mismo; si obedece á las leyes de la razon, es porque quiere. Este es el lado sublime de la vida moral, que el deber se haga y que se haga hasta con desprecio de nuestros goces y de nuestros intereses, caso de que no pueda hacerse más que por nosotros.

Tales son los dos aspectos del mundo, idénticos á los de la naturaleza humana. El hombre es uno; pero esta unidad de esencia se manifiesta de dos maneras diversas y equivalentes. El *espíritu* es la expresion de la unidad del *yo* bajo el carácter de la esencia propia, de la espontaneidad y de la libertad; el *cuerpo* es la expresion de la misma unidad bajo el carácter de la esencia entera, del encadenamiento y de la continuidad; en otros términos; el cuerpo es el *yo* exterior, el *yo* en el espacio, como el espíritu es el *yo* interior, el *yo* que se conoce y se posee. Por eso el espíritu nos es más propio que el cuerpo: es el *yo* mismo, el *yo* individual y personal, el *yo* uno é indivisible, mientras que el cuerpo es una vestidura pasajera tomada á la tierra y que debe quedar en la tierra. Esta misma antítesis de la esencia propia y de la esencia entera se reproduce en acciones débiles en la constitucion del espíritu y en la del cuerpo. La vida vegetativa y la vida animal, el tronco y la

cabeza, el *corazon* y el *cerebro*, son entre sí como el cuerpo es al espíritu, aunque ámbos estén penetrados del carácter fundamental de la naturaleza entera. El *pensamiento* y el *sentimiento*, la vida intelectual y la vida efectiva indican la misma oposicion en el espíritu, bajo el carácter fundamental que pertenece enteramente al espíritu. El pensamiento es el espíritu considerado en su esencia propia ó en su actividad independiente; el sentimiento es el espíritu considerado en su esencia entera ó en su actividad ligada y tradicional. Por eso, el pensamiento se dirige á la esencia propia de las cosas, y se determina como verdad y como error, segun que tiene su objeto ó que éste le falta; el sentimiento, al contrario, se aplica al objeto en su conjunto y se determina como placer y como dolor, segun que el objeto se halla en una relacion positiva ó negativa con toda la situacion presente del espíritu. De ahí tambien esta correspondencia tan notable entre el pensamiento y el cerebro, entre el sentimiento y el corazon, que demuestra que el espíritu y el cuerpo están organizados sobre el mismo plan y esplica su influencia recíproca.

La unidad y la dualidad de la naturaleza humana, son igualmente conformes á la observacion y al sentido comun. Una y otra, sin embargo, son impugnadas. La unidad del hombre está condenada por las doctrinas emanadas del *cartesianismo* que veian la esencia del espíritu y del cuerpo en el pensamiento y en la extension, y no comprendian que pudieran unirse entre sí sustancias tan heterogéneas. El *materialismo* y el *idealismo* escéptico, rechazan la dualidad del hombre. El primero, niega la existencia del espíritu en sí mismo y le considera como resultado del organismo, de la secrecion del cerebro ó del movimiento de la materia. El segundo, niega la existencia propia de la materia y la hace producto de la imaginacion, análogo á los fantasmas de nuestro delirio. Ambos reducen el hombre y el universo á la unidad, suprimiendo la antítesis del alma y del cuerpo, del mundo espiritual y del mundo físico. Por una parte, todo es materia; por otra, todo es espíritu, y en consecuencia, únicamente queda un sólo objeto al pensamiento: cuantos más contrastes, más armonía. Estas dos pretensiones contrarias se refutan la una por la otra. Ambas son simples ó exclusivas; pero la faz de las cosas que está abandonada en la oscuridad por la primera, es precisamente la que está puesta en evidencia por la segunda. La libertad, la personalidad, la vida racional que son des-

conocidas por el materialismo, son ensalzadas por el idealismo. Cada doctrina olvida un lado de las relaciones del alma y del cuerpo, sea la acción de lo físico sobre lo moral, sea la de lo moral sobre lo físico; pero el olvido es inverso y desde luego reparado. Definitivamente, ámbos confunden la relación de causalidad, con la relación de condicionalidad. De que el espíritu y el cuerpo marchen de acuerdo y se desarrollen juntamente como los esposos casados, se concluye que sólo forman uno y que no se puede establecer entre ellos más diferencia que la que existe entre la causa y el efecto. Muy bien, ¿pero dónde está la causa? Para los materialistas, es el cuerpo; para los idealistas, lo es el alma. Para nosotros, que probamos que el espíritu y el cuerpo obran y resisten uno sobre otro, vemos entre ellos una relación de dependencia mutua ó bilateral, es decir, una relación de condicionalidad y de ningún modo una relación de causalidad.

La Naturaleza y la Razon, dotadas cada una de esencia propia, de vida propia y de leyes propias, quedan en antítesis; pero incompletas la una sin la otra, están destinadas á unirse en todas sus manifestaciones. El reino animal, distribuido sin duda bajo una multitud de formas en todos los globos habitables, representa la *union parcial* del mundo físico y del mundo espiritual. Semejante union, realizable bajo todos puntos de vista, en todas las mejoras favorables á la existencia, con todas las combinaciones posibles entre los órganos de la vida, se presenta naturalmente bajo el carácter de una multiplicidad infinita. Si cada especie terrestre expresa una faz particular de la union del espíritu y la naturaleza, es permitido creer que la misma idea está repetida, en todos los tonos y en todas las maneras, en todas partes donde halle las condiciones de su manifestacion. A estas variaciones de tipos se reduce el progreso en el círculo de la vida animal. La paleontología demuestra que el mismo astro puede llevar creaciones cada vez más perfectas, á medida que las condiciones exteriores de la vida se mejoren. Si estas condiciones se realizan más abundantemente en otras regiones celestes, el reino animal debe tambien desplegarse allí bajo formas más ricas y más elevadas. Pero el animal, privado de perfectibilidad, no puede salir de su esfera.

La *union completa* del mundo físico y del mundo espiritual se efectúa en la humanidad. Por eso la humanidad representa la *armonía* del universo, es decir, la *síntesis* de la creación, donde los

dos términos antitéticos, la Naturaleza y la Razon, se penetran de una manera íntima y total. De ahí la unidad de la especie humana, opuesta á la variedad infinita de las especies animales. Esta unidad, que reside ante todo en la naturaleza misma del hombre, una é idéntica en todos lugares, no es incompatible con la hipótesis de los diversos centros de creación. «Mientras que los animales, dice Agassiz, son de especies distintas en las diferentes provincias zoológicas á que pertenecen, el hombre, á pesar de la diversidad de sus razas, constituye una sola y misma especie en toda la superficie del globo. Bajo este punto de vista, como bajo tantos otros, el hombre aparece como un sér escepcional en esta creación, de la que es á la vez objeto y término (1).» La humanidad es al reino animal como la unidad á la variedad, como la luz á los colores, como el todo á las partes; la humanidad es la imágen perfecta del gran todo, el *microcosmos*, porque reúne en sí todas las perfecciones que están diseminadas en el Cosmos. Debemos, pues, con los naturalistas modernos de Alemania, sobre todo con Carus, hacer de la humanidad un reino aparte, el reino humano, en lugar de hacer, con Cuvier, una division de la clase de los mamíferos, orden de los *bimanos*, próximo al de los cuadrumanos.

Las diferencias existentes entre el hombre y el animal son tan grandes en lo físico como en lo inmaterial. Como todas las fuerzas del mundo espiritual, el pensamiento, sentimiento y voluntad se equilibran y elevan á su más alto poder en el espíritu humano, de la misma manera todas las fuerzas de la tierra acumuladas en los reinos inferiores se compensan y manifiestan con nueva energía en el cuerpo humano. El animal siempre será un sér exclusivo, un organismo parcial ó incompleto, constituido por el predominio de un órgano y por la atrofia de los otros; sólo en el hombre todos los sistemas están plenamente acabados y desenvueltos en sus justas proporciones. Carus en su *Anatomía comparada*, divide el reino animal en tres ramas, señalada la primera por la confusion de funciones ó la carencia de una actividad central, la segunda por la preponderancia de los órganos de la vida vegetal, la tercera por el desenvolvimiento marcado de los órganos de la vida de relación: division genética conforme con la evolucion de la vida y basada so-

(1) Cf. A. Quatrefages, *Unité de l'espèce humaine*, XXI, teoría de Agassiz.

bre los tres tipos del *huevo*, del *tronco* y de la *cabeza*. Los animales de la primera rama, los *oozoarios*, corresponden á los radiados de Cuvier. Los de la segunda rama, los *corpozoarios*, comprenden dos clases, segun la antitesis del vientre y del pecho, las funciones de nutricion y de respiracion: los *gastrozoarios* ó *malacozoarios*, constituidos bajo el punto de vista del vientre y de los intestinos, y los *toracozoarios* ó *entamozoarios*, constituidos bajo el punto de vista del pecho y de los miembros; estos son los moluscos y los articulados de Cuvier. Los *cefalozoarios* de la tercera rama ó los vertebrados son los animales superiores en los cuales se acentúan, en fin, los órganos de la vida de relacion, los nervios, los músculos y los huesos. Pero estos órganos no se equilibran entre sí, ni con los órganos de la vida vegetativa; surjen nuevas preeminencias; todos los tipos inferiores vuelven á aparecer elevados á un nuevo poder, en el círculo de la vida cerebral. Los vertebrados tienen cuatro clases y acaban la progresion: 1, 2, 4; los peces repiten el tipo del huevo, realizado una primera vez y en el mismo elemento por los radiados, pólipos, é infusorios; los reptiles repiten el tipo del vientre y de la vida reptil, manifestada ya por los moluscos; las aves repiten el tipo del pecho y de la vida aérea, creada por los insectos; los mamíferos, en fin, son los verdaderos representantes del tipo de la cabeza y de los órganos sensoriales. Mas este aspecto superior de la organizacion animal no está realizado en unidad y en armonía por los mamíferos; esta clase se divide á su vez en órdenes, géneros y especies; y en cada seccion brillan nuevas preeminencias y nuevas relaciones entre los órganos. Sólo en el hombre el cerebro alcanza todo su desenvolvimiento, el sistema sensorial se manifiesta en toda su armonía, el cuerpo adquiere toda su simetría y el equilibrio se establece en todos los órganos de la vida vegetativa y de la vida de relacion. El hombre es el *organismo panarmónico* del mundo, y esta idea de la plena armonía en todos los elementos de la creacion, que expresa en todos tiempos y lugares la naturaleza de la humanidad universal, se imprime acá abajo en nuestra constitucion espiritual y física bajo las condiciones generales de la vida terrestre. Las especies animales vienen á ser los rayos esparcidos de esta espléndida organizacion. El hombre es en unidad todo lo que está representado bajo forma de colores ó de notas en las siete clases de la animalidad.

De aquí la eminente *posicion* de la humanidad en el universo.

El hombre como armonía del mundo físico y del mundo espiritual, se halla en relacion activa y pasiva con todo el conjunto de las cosas. Toda la creacion converge hácia él como hácia su *centro*, y él mismo converge hácia el Creador como hácia el principio de todo lo que existe. Por su posicion central, puede conocer y estimar el mundo de los espíritus, comprender y apreciar el mundo de los cuerpos, introducir el reino de la razon en la naturaleza y reproducir el reino de la naturaleza en la razon; puede, en fin, elevarse por el espíritu y por el corazon hasta Dios y unirse íntimamente á todo lo que es divino.

No se ha dicho, pues, sin motivo que el hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios; en efecto, por la armonía de su naturaleza es plenamente semejante á Dios. Por una parte como sér de union de espíritu y cuerpo, el hombre es más que el mundo del cuerpo y tiene autoridad sobre él; hace producir á la tierra lo que sola no produciria; trasforma los pantanos, los eriales, los desiertos en campos cultivados, distribuye y quita las selvas, destruye las especies animales que le son hostiles y reduce las demás á la domesticidad, utiliza las fuerzas de la materia en sus máquinas; en una palabra, embellece, ordena y fecunda su globo por la *industria* y por la *agricultura*; le apropia á los fines de la razon, para el cumplimiento de su destino, y podrá un dia hacer un nuevo paraíso. Por otra, como sér de union de espíritu y cuerpo, el hombre es más que un puro espíritu: gracias á los aparatos de los sentidos y de la voz, se relaciona con el mundo exterior y con sus semejantes; puede representar la naturaleza como belleza y como verdad en la imaginacion y en la razon, crear el *arte* y la *ciencia*, y organizar la vida social sobre el plan de la organizacion universal. En fin, como sér de union de espíritu y cuerpo, el hombre tiene una posicion privilegiada en el centro del cosmos, que le permite entrar con Dios en una relacion íntima de personalidad á personalidad, de amigo á amigo, aspirando sucesivamente á lo divino y dejándole descender en su conciencia: puede gravitar libremente hácia su causa como los cuerpos gravitan fatalmente hácia el centro de su sistema y constituir la *religion*, como vuelta inteligente y afectuosa de la criatura hácia el Creador.

Así es como puede comprenderse bien lo que hay de superficial en las teorías materialistas que asimilan el hombre al mono. La religion, la ciencia, el arte, la industria resultan de la posicion cen-